

Pacta sunt servanda

Jimin retornó a Raskrsnica la noche siguiente con la manada para pedirle un favor a Yuh-jung, quien estuvo encantada de colaborar con él en lo posible. Según me contó a su regreso, El había partido a Vršac con el detective como habíamos convenido, y la guardia civil había ido al cruce de caminos para apresar a los adeptos de la congregación que estaban encerrados en el cobertizo, los cuales, tal y como Yuh-jung había prometido, habían pasado la peor noche de sus vidas y agradecieron con lágrimas de alivio salir de su encierro temporal en la granja para ser llevados al reclusorio en la ciudad. Tras hablar con Yuh-jung, Jimin realizó un viaje preventivo al caserío donde se refugiaba nuestro enemigo, al cual llegó el lunes al despuntar el alba. Para asegurarse de que permaneciese allí, le dejó otra nota a nombre del ángel amigo y hechizó las monturas de los adeptos recién llegados como había hecho con las que ya estaban allí.

—Bloquéé el camino que lleva al norte con un deslizamiento de lodo y rocas en caso de que el reverendo decida ponerse en marcha hacia Debrečen a pie... aunque no creo que se arriesgue a partir sin su tesoro ahora que está realmente arruinado. Toda la congregación depende de la caridad de Ábrahám, que es justo lo que merece —comentó. Jimin y yo dejamos la fortaleza el martes a mediodía tras una cuidadosa revisión de su estrategia. Aunque, por hallarnos al extremo oriental de las colinas, estábamos relativamente cerca del caserío que ahora acogía a la congregación, Jimin y yo acordamos que me hechizaría para que durmiese durante el viaje. Aun si había recobrado mis poderes habituales más pronto de lo que esperaba por virtud de haber pasado algunos días en la fortaleza encantada que ahora era mi hogar, mi colaboración en la venganza se reduciría a pequeñas intervenciones prácticas. A pesar de lo anterior, estaba seguro de que al fin poseía un atuendo digno de un verdadero brujo, pues llevaba una hermosa túnica negra de capucha que Jimin me había obsequiado después de revelarme sus planes el sábado en la noche.

—Mi padre se la reservó a mi madre, quien nunca llegó a usarla —había explicado —Sé que ella estará feliz de que su sucesor tanto en el círculo de Yuh-jung como en la familia Drăculești la herede en su nombre —El ligero terciopelo era lo bastante fresco para los días soleados y, aun así, un abrigo apropiado para las horas de la noche estival. En cuanto al calzado, tendría que adaptarme a las circunstancias lo mejor posible, ya que mis botas se habían calcinado en Raskrsnica con el resto de mis vestiduras. Sin embargo, quizá gracias a mi lenta pero indudable transformación en strigoiacă, había constatado que mis pies pisaban ligera y cómodamente tanto los punzantes guijarros como las ramas quebradas del bosque que rodeaba la fortaleza, como si en vez de pies tuviese patas de lobo. Por suerte, pude comprobar que seguía teniendo mis extremidades de humano y reí para mis adentros antes de que Jimin soprase sobre mi rostro para hacerme dormir. La manada lupina tenía una misión especial, por lo cual no nos acompañó durante el trayecto hacia el caserío. Sin embargo, confiaba en que ese mismo día vería a mis amigos lobos para celebrar con ellos la victoria de Jimin. El sol se ponía cuando nos detuvimos a contemplar la casa del mentor de SungRok a una distancia prudencial, ocultos tras los pinos negros del frondosísimo monte. Las carretas de la congregación habían sido guardadas y, por ser día domingo, los fieles se hallaban descansando dentro de las viviendas. O al menos eso suponía yo.

—¿Está SungRok aún aquí? —susurré nervioso.

—Puedo olerlo —gruñó Jimin, sonriendo —No me decepcionó al decidir quedarse para recuperar el dinero que le robó a SoEun.

—Me pregunto si habrá informado a sus fieles que Ábrahám es su reemplazo hasta nueva orden —El clamor que resonó en el interior de una enorme casa de madera oscura donde se hallaban los establos respondió a mi interrogante:

—¡Aleluya! ¡Dios dé larga vida a nuestro nuevo ministro Ábrahám!

—Probablemente se los hizo saber en cuanto llegaron —respondió Jimin —Este debe ser uno de sus prolongados servicios de los domingos. Así descansan los reformistas.

—Al parecer recién concluyó la edificante prédica, en la cual supongo que tú y yo tuvimos más protagonismo que Dios —dije cuando los miembros de la congregación salieron de los establos y se detuvieron frente a los mismos para tomar aire fresco y conversar.

—Es un gran honor —bromeó, llevándose la mano al pecho —Y, para celebrarlo, iré a entregarle a SungRok la última nota ahora que está solo con HyeYoung —Dicho esto, pronunció una complicada fórmula strigoi y su aspecto se transformó instantáneamente en el de un chiquillo ataviado a la manera de los pequeños de la congregación. Aunque sus facciones y el color de sus cabellos habían cambiado, la expresión de sus ojos era la misma que yo conocía. Sin embargo, sabía que todo aquello era un simple truco ilusorio que había aprendido de uno de sus antecesores, pues convertirse realmente en otra persona requería una complicadísima pócima cuyo efecto era muy breve —Deséame suerte —dijo, y el tono infantil que había adoptado me tomó por sorpresa. Lo vi deslizarse por la ladera con andar inocente para unirse a un grupo de niños que jugaban a saltar el lazo. Después de pasar unos minutos en su compañía sin que ninguno de ellos reparase en su presencia, se dirigió al porche donde SungRok se hallaba conversando con HyeYoung. Cabizbajo, Jimin entregó la nota al reverendo, quien la tomó de entre sus dedos, mirándolo con perverso interés y sin percatarse de que quien se la extendía era su peor enemigo. Reconocí una mezcla de rabia y esperanza en la mirada del reverendo, quien después de leer la nota se puso a escudriñar su entorno y luego consultó su reloj de bolsillo. Jimin desapareció tras una de las casas mientras SungRok murmuraba algo en el oído de HyeYoung, y así supe que la primera parte del plan había sido completada satisfactoriamente. Alrededor de dos horas después, cuando ya había oscurecido y los miembros de la congregación se habían repartido en tres viviendas vecinas, SungRok se deslizó fuera de la casa de Ábrahám en su camisón de dormir, portando una linterna en una mano y un cuchillo en la otra, y se dirigió hacia un pequeño claro que se hallaba a mi derecha, en la espesura del bosque. Allí lo aguardaba Jimin, aún con la apariencia de un chiquillo, pero esta vez con un camisón que le llegaba hasta las rodillas. Observé aquel encuentro desde mi escondite, con el corazón en vilo:

—¡Hola, pequeño! —susurró SungRok al verlo, avanzando hacia él —Veo que el hombre que me envió la nota cumplió su palabra. ¿Sabes por qué estás aquí? —inquirió.

—No —respondió Jimin luciendo sumiso —Pero el señor Ángel prometió que usted me daría una moneda cuando todo terminara.

—¡El señor Ángel! —rio SungRok entrecerrando los ojos —Por supuesto. No solo te daré una moneda sino dos, pequeñín. No vives en el caserío, ¿verdad? No recuerdo haberte visto antes de hoy...

—No —dijo Jimin —Vivo en una cabaña en el bosque. Soy muy pobre.

—¡Qué lástima! Dime, ¿dónde están tus padres?

—Muertos —susurró él, mirando al suelo.

—¿Y quién cuida de ti?

—Una anciana mujer que se apiadó de mí.

—¡Oh, pobre criatura! —comentó SungRok con visible hipocresía —¿Cómo te llamas?

—Glorioso —murmuró Jimin, y recordé que tal era el significado del nombre eslavo que le había dado su madre.

—¡Vaya! Qué nombre más peculiar.

—Lo es —dijo Jimin, clavándole la mirada de repente.

—Por Dios, me parece que alucino —murmuró el reverendo, llevándose las manos a las sienes —Te pareces tanto a él...

—¿A quién me parezco, señor?

—A nadie —dijo el otro sacudiendo la cabeza —Está muy oscuro aquí, olvídalo.

—Oh, pero no puedo —respondió Jimin, sonriendo con malevolencia —Usted dijo que le recordaba a alguien.

—En eso tienes razón —susurró el reverendo con voz acariciadora —Me recuerdas a un muchacho a quien nunca volví a ver. Sin embargo, no era bueno como tú.

—¿Y qué hacen los niños buenos? —preguntó Jimin.

—Los niños buenos son obedientes —dijo SungRok, y leí en cada uno de sus gestos que la lujuria lo dominaba —¿Te gustaría jugar conmigo?

—Sí —asintió Jimin.

—Vamos a jugar un juego muy especial, ya verás. El señor Ángel me dejó algo, ¿no es así?

—Sí —dijo Jimin, señalando un bulto de cal que yo había puesto junto a un árbol —Allí está

—Acurrucado entre la maleza, observé cómo el reverendo depositaba la lámpara y el cuchillo en el suelo para dibujar un grueso pentagrama con la cal, tarea que realizó sin dudar. Entonces se quitó la bata, quedando así completamente desnudo. A continuación, tomó el cuchillo de nuevo y se sentó en medio del pentagrama, susurrando una frase ininteligible.

—Ahora desnúdate tú también —dijo a quien creía era un niño cándido, con voz trémula.

—Qué juego más extraño —dijo Jimin.

—Verás que es muy divertido. Además, es importante que hagas lo que te digo si quieres que te dé esas dos monedas, ¡piensa en toda la comida que podrás comprar con ellas! —replicó SungRok, recorriendo la figura infantil con deleite —Sé un niño bueno y obedéceme.

—Está bien —dijo Jimin, e hizo ademán de tomar el borde de su bata, pero se detuvo —¡Oh! Acabo de recordar que el señor Ángel me mandó recitar unas palabras especiales que me hizo memorizar.

—¿Ah, sí? ¡Date prisa en hacerlo, entonces! —exclamó SungRok expectante.

—Yo te ato al pentáculo del que tú mismo te has hecho esclavo —sentenció con aparente ingenuidad. En ese instante, la luz de la lámpara se extinguió. O, debería decir, Jimin lo hizo por medio de la magia. Tal y como lo habíamos acordado, corrí al centro del claro y me apoderé de la bata de SungRok sin que él se diese cuenta de ello, lo cual fue fácil pues yo podía ver claramente en la oscuridad y él no. En el lugar de sus ropas, puse una pequeña bata de dormir idéntica a la que la ilusión de Jimin llevaba y, a continuación, me alejé con sigilo para volver a posicionarme tras los árboles, desde donde seguí vigilándolo.

—¡Demonios! ¿Qué le pasa a esa lámpara? —se quejó SungRok —¿Dónde estás, pequeño?

—Aquí —replicó la voz infantil, esta vez más lejana.

—¡Acércate para que pueda tocarte! —gritó SungRok.

—¡No puedo ver nada! —respondió Jimin, ahora desde el interior del bosque —¡Tengo miedo!

—¡No temas! ¡Solo sigue el sonido de mi voz! ¡Estás alejándote! —A la sazón, el familiar gruñido del lobo al que había sanado resonó en el soto a poca distancia y supe que nuestros aliados animales se aproximaban a gran velocidad. Toda la manada empezó a aullar al tanto que alcanzaba el claro del bosque, rodeando a SungRok en cuestión de segundos —¡Lobos! —gritó SungRok, tomando el cuchillo en su mano y poniéndose de pie, aterrado. Sin embargo, puesto que no veía más allá de sus narices, su temor fue superior a aquel súbito impulso de valentía y optó por acuclillarse en su lugar, blandiendo el arma con la mano derecha al tanto que intentaba cubrirse la cabeza con el brazo izquierdo. Poco después, divisé la luz de una antorcha entre los árboles y, junto a ella, la figura de un hombre a quien no había tenido la oportunidad de ver en persona hasta entonces, pero al cual reconocí gracias a la descripción que Sung Boreum proporcionaba en su diario: alto y rubio, con hermosos rasgos similares a los de Jimin y ropas dignas de un rey, se adentró en el claro con asombrosa agilidad y extrañado, se detuvo frente a los lobos que rodeaban al reverendo.

—¿SungRok? —inquirió, frunciendo el ceño —¿Es usted? —Le había hablado al reverendo en húngaro, aunque poseía un distintivo acento rumano. Era mi turno de actuar y no podía cometer ningún error: puesto que aquella reunión era una sorpresa para ambos facinerosos y ninguno de los dos poseía la habilidad de ver en las tinieblas, extinguí la luz de la antorcha creando una ráfaga de viento precisa y contundente —¡Demonios! —exclamó su portador, quien no era otro que el infame tío de Jimin, arrojándola a un lado. Temblando, tomé el segundo saco que Jimin y yo habíamos preparado y, acto seguido, me apresuré a derramar su contenido alrededor del recién llegado, conformando un círculo de sal en torno a él. El repugnante olor que emanaba me dio náuseas, así que tuve que contener la respiración. Solo cuando completé el círculo sin que él se

percatase de mi presencia o de lo que había hecho, me di el lujo de exhalar y, tras refugiarme de nuevo en el bosque, hice que la luz de la lámpara de aceite brillase muy suavemente, de modo que ambos hombres permaneciesen en la penumbra. El tío de Jimin viró la cabeza hacia la ínfima llama y comentó: —¡Ah! Veo que tenemos una lámpara defectuosa —y volviendo a enfocarse en SungRok, inquirió con tono mordaz: —¿Qué demonios hace desnudo en medio del bosque?

—¡Quítame estos malditos animales de encima antes de que me devoren! —gimió el reverendo por entre los dientes.

—¡Qué ignorante es! —rio el hombre —Los lobos rara vez atacan a un hombre, ¡y estos definitivamente no están tan hambrientos como para comerse a alguien tan poco apetecible! —agregó, ahuyentando con ambas manos a los animales, los cuales se dispersaron en calma, no porque le estuviesen obedeciendo a él sino porque yo les había dado la señal de regresar a la espesura —Ahora, el miedo debe haberle hecho perder la cordura: ¿qué quiere decir con eso de que yo lo hice venir aquí cuando fue usted quien me atrajo a este claro del bosque?

—¡Déjese de juegos! —dijo SungRok aspaventado —¡Devuélvame mi maldito dinero!

—¿De qué dinero habla? —inquirió el otro —Si cree que necesito robarle a un viejo derrotado como usted, se equivoca. Aunque, ahora que lo pienso, no obro por necesidad sino por placer, y el oro me complace, así que quizá pueda ayudarlo, cuénteme, ¿qué tan importante es la suma que perdió?

—¡Usted lo sabe de sobra, ya que me robó! —replicó SungRok, poniéndose de pie y empuñando el cuchillo —¡Es la herencia de mi difunta esposa y me pertenece!

—Ah, SungRok, SungRok, si se refiere a ese dinero, ambos estamos al tanto de que usted engañó al banco para quedarse con la herencia tras asesinar a Boreum y, por lo tanto, no le pertenece a usted sino a la hermana de la difunta.

—¡Como sea! Su nota ordenaba claramente que viniese aquí y dibujase el pentagrama, tras de lo cual debía evocar a Satanás y sacrificar al pequeño en su nombre. ¿No lo recuerda?

—No, por supuesto que no lo recuerdo porque, simplemente, no es verdad. Si sacrificó a algún pequeño para obtener riquezas, fue idea suya y de nadie más.

—¡Oh, vamos! ¿Cómo puede negarlo? Es tal y como cuando le pidió a Boreum que sacrificase al pequeño Namjoon.

—Recuerdo claramente haber escuchado de labios de Boreum lo que usted y HyeYoung hicieron a Namjoon en el cuarto de castigos de aquel granero: tortura, sodomía, curiosamente, lo encontraron muerto poco después. Qué atrocidad —Por poco lanzo una exclamación cuando Jimin, habiendo recobrado su apariencia habitual, me cubrió la boca con la mano para obligarme a retroceder varios metros en la oscuridad:

—Aguarda aquí, no sea que la luz de la lámpara te alcance —me dijo en un susurro, aumentando el brillo de la misma de modo que iluminase todo el claro —No te quiero cerca de estos lunáticos —Asentí quedamente conforme detectaba las figuras severas que se habían agrupado al borde del claro, contemplando a SungRok y a su acompañante con la más absoluta estupefacción: aunque no

los conté, supe que todos los miembros adultos de la congregación estaban allí, según Jimin lo había planeado.

—¿Qué significa esto? —tartamudeó Ábrahám, irrumpiendo en el claro. La sorpresa de SungRok al ver a los miembros de la congregación fue tal que profirió un alarido, intentando vestirse, tomó la bata infantil que reposaba junto a él, sacudiéndola ante todos y evidenciando, además de su reducido tamaño, el hecho de que estaba cubierta de sangre.

—¡No son mis ropas! —gritó desesperado —¡Es un truco del diablo!

—Usted mismo acaba de decir que evocó a Satanás, reverendo —exclamó uno de los hombres de la congregación, temblando de miedo.

—¡Todo esto tiene una explicación! ¡Este hombre me tendió una trampa! —gimió SungRok, cubriéndose la entrepierna con la prenda ensangrentada.

—Pero... lo escuchamos con nuestros propios oídos —balbuceó una de las mujeres —Además, estamos familiarizados con el pentagrama: sabemos que es un símbolo demoníaco para llamar a los espíritus del mal.

—¡Ustedes también han dibujado el pentagrama! —chilló SungRok —¿O tengo que recordarles que lo pintaron en la fachada de la cabaña de la granjera serbia? Todo esto tiene una explicación. ¡Deben creerme!

—¿Por qué está desnudo? —inquirió un anciano, con expresión desconfiada.

—¡Es culpa de este hombre! —insistió el reverendo, cuyos ojos amenazaban con salirse de las cuencas, señalando al tío de Jimin —¿Cómo pueden dudar de mí?

—Todos tuvimos el mismo sueño —murmuró Ábrahám, con ojos de orate —En él, se nos ordenaba venir de inmediato aquí, la voz decía: vayan al claro y hallarán al nigromante. ¡Y continuamos escuchándola después de despertar! La seguimos en la oscuridad, como el pueblo elegido siguió las indicaciones de Jehovah en el desierto. ¡Fue una indicación del Señor para que viésemos que un brujo se esconde entre nosotros!

—¡El brujo es él! —vociferó SungRok, apuntando al tío de Jimin.

—¿Brujo? —carraspeó el otro —Permítanme presentarme: soy un viejo conocido de la difunta señora Boreum. Cuando escuché los rumores de que el reverendo la había asesinado, quise buscarlo para confrontarlo. Justamente me aproximaba al caserío cuando escuché los desgarradores gritos de un chiquillo, por lo cual me interné en la espesura con la intención de socorrerlo. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con el reverendo completamente desnudo y agazapado sobre un Pie de Bruja! ¡Mírenlo! ¡Aún lleva el cuchillo en la mano! Por desgracia, según parece, llegué demasiado tarde para salvar al niño. ¿No piensan preguntarle al reverendo, más bien, a cuál de sus pequeños sacrificó? —Los miembros de la congregación se miraron entre sí.

—¡Mi Isaac! —murmuró una de las mujeres.

—¡Mi David! ¡Mi Adorján! —dijo otra, imitándola. Sin embargo, ninguna quiso regresar sobre sus pasos para comprobar que sus pequeños estuviesen a salvo.

—¡No he matado a ningún niño! —gritó SungRok.

—¿Qué le hizo a mi Namjoon, reverendo? —inquirió un hombre, avanzando hacia SungRok con las pupilas humedecidas.

—No lo maté yo, YoungJae —respondió SungRok, quien hasta entonces había permanecido estático en su lugar.

—¿Qué hay de lo que dijo este caballero? —sollozó el padre de Namjoon.

—¡No sacrifiqué a nadie! Necesito vestirme para que podamos hablar con calma —dijo SungRok, dando unos pasos hacia atrás y luego desplazándose en varias direcciones solo para descubrir que no podía salir del pentagrama.

—¿Dónde está el niño a quien le pertenece ese camisón sangriento, reverendo? —inquirió una de las mujeres con un hilo de voz.

—¡No lo sé! —gritó SungRok, a punto de perder los estribos —¡Estuvo aquí y partió, pero yo no lo maté! ¡Seguramente lo devoraron los lobos!

—¡Dijo lo mismo cuando hallamos el cuerpo de Namjoon! —gimió el padre del chiquillo a quien, irónicamente, sospechábamos que Sung Boreum había matado para conseguir el amor de Jimin.

—Basta de juegos —murmuró Jimin a mi lado y, de inmediato, hizo que la manada rodease a los miembros de la congregación que se habían dispersado de modo que, entre gritos de espanto, volviesen a agruparse. Acto seguido, extinguió por completo la luz de la única lámpara y apretó mi mano antes de dirigirse al claro. Por suerte, a excepción suya, yo era el único que podía verlo todo. Los lobos no cesaban de gruñir y los horrorizados adeptos de SungRok buscaban refugiarse unos en brazos de otros. Entre tanto, el tío de Jimin hacía lo imposible por salir del círculo, intentando tocar el compuesto con los pies o manos para barrerlo pero era fútil: una vez derramada, un brujo no puede entrar en contacto con la sal ni pasar por encima de ella. Solo una escoba puede barrerla.

—¡Necesitamos armas o palos para defendernos de los lobos! —gritó uno de los hombres de la congregación. Sin embargo, nuestra manada había crecido gracias a las exitosas cacerías que en gran parte debía a su líder strigoi, y Jimin había convocado tres manadas adicionales, por lo cual los lobos superaban por mucho el número de rehenes, siendo estos unos diez hombres y ocho mujeres, incluida HyeYoung. Por lo demás, habían llegado hasta allí vistiendo sus camisonas de dormir y sin más armas que la Biblia que Ábrahám llevaba en la mano.

—¿Por qué nos castigas, Señor? —sollozó una de las mujeres.

—¡El Señor no nos castiga! —exclamó Ábrahám, refugiado en medio del grupo, atragantándose con sus propias palabras —¡Nos está poniendo a prueba! ¡Él me dio una misión y reconocí su voz esta noche cuando nos habló a todos mientras dormíamos!

—Yo les hablé —La voz de Jimin resonó, tranquila y profunda, en el claro y el bosque que lo circundaba. Había hablado en húngaro para que los adeptos lo comprendiesen.

—¡Es el Señor! —chilló una de las mujeres, sus ojos abiertos de par en par, a punto de perder el sentido. Pronto, los demás la imitaron gritando:

—¡Aleluya! ¡Es el Señor!

—Para ustedes, es señor Drăculești —rio, y su larga carcajada ronca logró ponerme los pelos de punta a pesar de que lo amaba como a mí mismo —¿No recuerdan mi voz? Solían llamarme Pie de Bruja. Les juré que me vengaría y estoy aquí para cumplir mi palabra. Pacta sunt servanda —concluyó en latín. Los alaridos de los congregados no se hicieron esperar. Jimin aguardaba con la vista fija en ellos, deleitándose en el espectáculo mientras que ellos intentaban en vano discernir su ubicación en la oscura y nublada noche del bosque. Tras unos instantes de pavor colectivo en que los lobos se unieron al clamor de la congregación con sus aullidos, Jimin murmuró una fórmula strigoi que hizo que los animales callaran en un instante y, sobrecogidos por el silencio repentino, los hombres los imitaron. El miedo que expresaban los rostros de unos y otros solo era superado por el de SungRok y el del rubio nigromante, quienes temblaban visiblemente, cada uno confinado en su respectivo círculo —Gracias por su fervorosa ovación. Prometo ser el Dios vengativo al cual adoran —dijo Jimin, su voz recorriendo el claro desde varios puntos, de modo que nadie podía saber dónde estaba.

—¡Socórrenos, Señor! —vociferó Ábrahám, elevando la Biblia abierta por encima de su cabeza.

—¡Ah, pero si es el experto en brujería! —dijo Jimin —Resulta que, así como usted cree haberse instruido en las artes que me caracterizan, yo me he instruido en las que usted y su congregación usan como fachada. Apuesto a que conozco su manual mejor que usted —Tras una breve pausa en la que nadie habló en voz alta y solo se escuchaban plegarias susurradas, Jimin prosiguió: —Este es mi tío, asesino de mis padres, adorador del demonio y ávido de sacrificios humanos —dijo, y de la sal se desprendió un resplandor cálido como la luz de una llama. El hombre se viró aterrado y procedió a recitar una fórmula demoníaca en rumano sin ningún éxito —Tiene mucho en común con ustedes, que comenzaron por asesinar a mi nodriza loba y terminaron dibujando pentáculos e incendiando viviendas llenas de inocentes. ¡Ah, sí! Es cierto que soy el hijo del diablo. Y no solo soy un brujo, sino que soy un strigoi. ¿Saben acaso lo que es un strigoi y lo que es capaz de hacer? Estén al tanto o no, esta noche podrán atestiguarlo con sus propios ojos. Y que vivan o no para contarle depende solo de su Dios, pero me guardaré de revelarles a cuál me refiero para que puedan experimentar cada instante con espontaneidad. Aun así, la ironía de todo esto reside en que, a pesar de ser una congregación putrefacta, escondrijo de torturadores, violadores y asesinos, no se equivocaron conmigo: soy infinitamente más peligroso de lo que sospechan, y me han dado motivos de sobra para serlo —Luego, poniéndose cerca al nigromante rubio, susurró: —Hola, tío —El hombre dio un salto y se viró hacia la congregación para implorar:

—¡Consíganme una escoba, malditos cobardes! ¡Solo así podré detener al bastardo antes de que nos mate a todos!

—Los invito a intentarlo —dijo Jimin con tono sombrío —¿Qué voluntario se ofrece a enfrentarse a las fieras que me obedecen? ¿Señora Hye? ¡Levanten sus manos para que pueda verlas! —Por supuesto, nadie se movió —Eso pensé —concluyó Jimin desde la penumbra —Se preguntarán cómo puedo ser más poderoso que el hombre que mató al diablo y la respuesta es que, a diferencia de los suyos, mis poderes son reales, por lo cual me envidia. Se preguntarán también

quién los ha tentado todos estos años que el diablo ha estado muerto, y qué será del mundo sin él. En lo que les concierne, no dudo que encontrarán a quien acusar. No espero que se hagan responsables de sus actos o que admitan su culpabilidad en los crímenes que han cometido. Mi gloria yace, precisamente, en su cobardía y su orgullo. Debo agradecer, en especial, al reverendo SungRok —Al mencionar al último, el pentáculo brilló con luz propia bajo sus pies. A diferencia del que había encerrado a Esther Baruch en la caverna, este era rojo y parecía que sus líneas estuviesen trazadas con lava ardiente.

—¡Usa el cuchillo para matar a Pie de Bruja ahora! —siseó HyeYoung desde el extremo del grupo, a lo que SungRok, con mirada aviesa y sorprendente rapidez, blandió el arma hacia el lugar de donde creyó que provenía la voz de Jimin. Por desgracia para el reverendo, el cuchillo rebotó en la membrana invisible que el pentagrama emitía hacia arriba, causando que se golpease a sí mismo en el ojo con la empuñadura. Ahogué una carcajada, doblándome en dos y aferrándome al árbol tras del cual me ocultaba al tanto que lágrimas de risa rodaban por mis mejillas.

—Prosigamos —bramó Jimin, ahora que todos, sin excepción, se daban cuenta de que no tenían escapatoria —Como bien saben, su reverendo fue acusado de fraude, asesinato, tortura, sodomía y violación. Si bien es cierto que es culpable de todas y cada una de las anteriores transgresiones, SungRok no mató a ningún niño hoy. Esta es una trampa que yo le tendí, aunque él creyese obedecer a mi tío. Yo tomé el oro que le robó a SoEun. Yo le envié la nota pidiéndole que dibujase el pentáculo con cal. En cuanto al niño —dijo, y se mostró ante todos durante un par de segundos con la apariencia del chiquillo, luciendo un camisón limpio y expidiendo un resplandor sobrenatural —Era yo. Los strigoi podemos cambiar de forma —Los congregados, fascinados, lanzaron gritos de sorpresa y terror al tanto que las facciones de SungRok se deformaban con una mezcla de miedo, ira y odio consecutivos.

—Pero... ¡hay sangre en la bata infantil con la que el reverendo se cubre! —susurró el padre de Namjoon.

—¿Qué bata? —replicó Jimin, haciéndose invisible y murmurando una fórmula para que la bata desapareciese, dejando al reverendo al desnudo de nuevo unos segundos, tras de lo cual le arrojó la bata que yo le había robado, la cual había dejado a poca distancia —Aquí está su camisón. Haga con él lo que desee. Como les decía, pues —dijo, dirigiéndose de nuevo a la congregación —su ministro evocó a Satanás con el fin de recuperar el dinero que jamás le ha pertenecido, gracias a lo cual pude atarlo al pentagrama. Si SungRok no hubiese usado el símbolo con la peor de las intenciones, me sería imposible retenerlo dentro del mismo puesto que, hasta esta noche, él no era un nigromante. Hoy lo tenté por primera vez, contrariamente a lo que afirma cuando se empeña en alegar que son los pequeños quienes lo seducen a él, y él cayó en mi trampa. Sin embargo, además de una conclusión a la que aún no llego, este ardid fue diseñado para recordarme a mí mismo que ustedes son incapaces de ver la verdad cuando la tienen al frente. Oyeron al reverendo admitir ante mi tío lo que planeaba hacer y, sin embargo, permanecieron en el mismo estado de atontamiento que los ha caracterizado desde que los conozco. Creyendo que había matado a un chiquillo, ninguno de ustedes se molestó en verificar que sus hijos estuviesen a salvo porque prefieren creer en su palabra aunque su propia experiencia les grite lo contrario. Sé que algunos de los presentes recuerdan lo que les hizo cuando eran niños aunque hayan procurado olvidarlo. Descuiden, no expondré sus nombres para que puedan morir guardando el secreto de

este hombre que los odia. Sin embargo, muchos de ustedes han permitido que haga igual con sus hijos. Lo sé porque he escuchado a algunos pequeños atreverse a confesarles lo vivido en el cuarto de castigos, ante lo cual ustedes los han obligado a callar, golpeándolos hasta la inconsciencia, con la colaboración de su experto en brujería. ¿No es así, Ábrahám? —Un par de ellos miró a Ábrahám de soslayo, pero hacía rato que este parecía no reconocer su entorno y permanecía boquiabierto, escrutando la oscuridad en busca de la voz que se dirigía a la congregación —Procederé, pues, a hacer efectiva mi maldición sin sentir ninguna lástima por ustedes, excepto uno, quien ha permanecido cerca de la congregación para desenmascarar a quienes tanto daño le han hecho —prosiguió Jimin, sin especificar a quién se refería —El pie de bruja compele a SungRok a decir la verdad, por lo cual, reitero, no les ha mentado esta noche. Aun así, no les daré la oportunidad de preguntarle nada más puesto que no merecen conocer lo que no hayan querido ver por voluntad propia hasta hoy. Así como el pentáculo constriñe al reverendo, el círculo de sal retiene a mi tío, nigromante iniciado que deriva su poder de los espíritus inmundos que habitan en su corazón. Acostumbrado a obrar como lo hace, nutre a estos demonios continuamente, dándoles lo que prefieren. Sin embargo, los demonios son numerosos y desesperan al hallarse restringidos por esta sal, cuya peculiaridad es haber sido exorcizada por medio de un rito que ninguna potencia infernal puede tolerar, de modo que harán lo que sea por trasladarse a un nuevo vehículo digno de ellos y de Belcebú, su príncipe. ¿Y quién mejor para albergarlos que aquel que se halla en medio del pentagrama cuyo propósito es evocarlos y retenerlos? Si lo que afirman acerca del pentáculo es cierto, los demonios serán irresistiblemente atraídos por el símbolo y tomarán posesión del reverendo que se esclavizó a él por voluntad propia —Jimin extrajo de su túnica una pequeña botella de vidrio transparente, la cual había tomado de la cocina que usaba como laboratorio en la fortaleza, y procedió a asperger el fluido que contenía sobre su tío al tanto que este se retorció como si lo estuviesen quemando —Este líquido enfurece a los demonios, ocasionándoles un tipo de dolor inconmensurable desde el punto de vista humano —explicó Jimin, sin interrumpir la aspersión —Por ello, en cuanto los libere de su prisión circular, ellos acudirán a su nuevo anfitrión para infligirle torturas infernales de tal magnitud que él optará por quitarse la vida.

—Quid mihi et tibi est fili Draconis? Obsecro te, ne me torqueas! —exclamaron en latín varias voces terribles provenientes del interior del nigromante rubio, con lo que los adeptos se pusieron a gritar, aterrados, aunque no comprendían el mensaje de los demonios. Estos últimos, hablando en singular y reconociendo a Jimin como hijo del dragón, le habían rogado que no los atormentase más. Jimin, por su parte, continuó salpicando a su tío con el agua bendita que, al igual que la sal exorcizada, su abuelo strigoi había recolectado en siete capillas de la Orden del Dragón. Vencidos por el sufrimiento, los espíritus le pidieron que les permitiese trasladarse a otra morada, esta vez hablando en plural: —Mitte nos in porcum ut in eum introeamus! —Aunque los demonios se habían referido al receptáculo de su elección como el cerdo, dedujo que se trataba de SungRok por lo que Jimin había explicado previamente.

—¡No les concedas que tomen posesión de mi cuerpo! ¡Lo confesaré todo! ¡Iré a la cárcel voluntariamente! ¡Ten misericordia de mí! —lloró el reverendo.

—¿Qué le hace pensar que soy capaz de piedad? —inquirió Jimin, deteniéndose unos instantes mientras su tío se sacudía y botaba babaza —Soy el hijo del diablo, ¿recuerda? Llevo la marca del dragón. Siembro la tentación en quienes me contemplan y mi palabra es engañosa como la serpiente antigua.

—¡No he hecho más que procurar tu infortunio inmerecidamente! ¡Soy culpable de todo lo que me acusan y sé que el infierno me espera! ¡No permitas que los espíritus me impongan el castigo que merezco antes de tiempo! ¡Perdóname, te lo suplico!

—Quizá sea propicio aclararle que su hora ha llegado —comentó Jimin —Además, no creo en el perdón para las gentes como usted.

—¡Sé que en el fondo aún amas al Señor! —gimió SungRok —¡Yo te sorprendí orando en soledad cuando eras solo un chiquillo! ¡Haz con los demás como quieres que ellos hagan contigo, Jimin!

—Descuide, los espíritus harán con usted como usted ha hecho con sus congéneres. Por otra parte, reverendo, le aseguro que ambos tenemos señores diferentes, y usted se encontrará con el suyo muy pronto. ¡Aleluya! —murmuró con un dejo sarcástico —¿Por qué no le dirige una plegaria con toda la sinceridad de su corazón? Es su única esperanza —sugirió, ausentándose brevemente para tomar una escoba que había ocultado entre los arbustos. Entonces, el reverendo, en un acto desesperado, gritó:

—¡Creo en ti y te ofrendo todas mis obras pasadas, presentes y futuras! ¡Seré tu siervo!

—Amén —dijo Jimin, barriendo una pequeña porción del círculo de sal que rodeaba a su tío y, de inmediato, el nigromante rubio cayó inconsciente sobre el suelo del claro. Enmudecido, aguardé a que los espíritus tomaran posesión del cuerpo de SungRok pero, segundos después, este se echó a reír:

—¡No pudieron entrar en mí!

—Te equivocas —hablaron las voces demoníacas en medio de los congregados, esta vez en húngaro, y por poco tengo un infarto —Serás nuestro cuando mueras, lo cual será muy pronto. Podemos esperar un poco. Hasta entonces, nos divertiremos con estos puercos —Los gritos de los congregados estallaron cuando descubrieron que los demonios hablaban por medio de Ábrahám, su nuevo ministro, cuyas risotadas resonaron en la espesura. En ese instante, Jimin dio orden a la manada de que se dispersara y los congregados emprendieron la fuga hacia sus viviendas a través del bosque con Ábrahám pisándoles los talones. Los animales, por supuesto, habrían podido matarlos, pero su misión era espantarlos hasta que llegasen al caserío y allí rodearlos de nuevo para que ningún adepto escapase. Jimin encadenó a un árbol a su tío, quien había perdido todos sus poderes y aún no volvía en sí. Acto seguido, caminó hacia SungRok para manifestarse ante él con su aspecto real. Al verlo, SungRok no se espantó sino que empuñó el cuchillo e intentó alcanzarlo con el filo pero, de nuevo, el pentáculo detuvo su impulso.

—Pie de Bruja —siseó SungRok —El poder de Belcebú me acompaña ahora. ¡Él me dará la victoria!

—Infeliz reverendo SungRok, ¡siempre fue tan tornadizo en el fondo! —replicó Jimin —Lo único que percibe es la malignidad de su propia conciencia, usualmente nublada por la exaltación de enseñanzas aleatorias del Antiguo Testamento y, en esta ocasión, contenida por un símbolo al que ha dado demasiada importancia a lo largo de su vida. Tras verlo hacer semejante ridículo, tengo algo que contarle —SungRok le dirigió una mirada recelosa y, al cabo de unos segundos, inquirió con voz carrasposa:

—¿Qué?

—Aunque es cierto que el pentáculo lo retiene porque usted mismo lo dibujó, este no puede obligar a una persona encarnada a admitir la verdad.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el reverendo, con un hilo de voz.

—Quiero decir que las artes escénicas son lo suyo, por supuesto —afirmó Jimin con sorna —Púlpito, granero o pentagrama, su mayor debilidad es el amor por la palabrería. Su mentor se lo dijo: debía pasar más tiempo orando en soledad, pero usted es incapaz de guardar silencio. No tenía por qué confesar su culpabilidad, SungRok. Ninguna magia lo obligó. ¿Listo para otra sorpresa? —Me acerqué a ellos con una sonrisa sutil. Jimin puso su brazo en torno a mí y yo abracé su cintura sin quitarle la mirada al reverendo, quien me observaba con incredulidad.

—Sí, estoy intacto a pesar de que sus adeptos me vieron morir. ¡Resucité! ¡Gloria a los brujos, estúpido charlatán! —reí, mirándolo con malevolencia.

—Malditos hechiceros —tartamudeó con expresión de lunático —¿Qué van a hacerme?

—En este momento, la guardia civil tiene rodeado el caserío. Si mi sentido del tiempo es acertado, y, gracias a mis poderes de strigoi, siempre lo es —afirmó Jimin, sonriendo —su congregación de incendiarios ya está subiendo a los coches enrejados que la transportará a Vršac.

—La única alternativa que sus adeptos tienen para escapar del encierro es acusarlo de haberlos intimidado al punto de llevarlos a cometer toda suerte de crímenes. HyeYoung, por supuesto, se asegurará de hacer igual. Ya la conoce —suspiré —Por algo guardó el diario de Boreum y la correspondencia que, además del dinero robado, garantizarán que usted nunca vuelva a ver la luz del día.

—¡La evidencia fue quemada! —dijo, sonriendo —¡No pueden comprobar nada!

—Oh, pero sí podemos —dijo Jimin —En especial, contando con el testimonio de alguien que, como yo, ha esperado largo tiempo para vengar la muerte de su madre —SungRok frunció el entrecejo, sin comprender lo que Jimin decía.

—Ven aquí, EunWoo —dijo Jimin —No temas: tu padre no puede hacerte nada —El hombre de aspecto maltrecho dio unos tímidos pasos hacia nosotros y se detuvo, mirándonos de soslayo. Debía ser solo unos años mayor que Jimin y, aun así, su mirada era característica de los ancianos que han sufrido demasiadas vejaciones.

—¡EunWoo, hijo! —exclamó SungRok, abriendo sus brazos hacia el hombre —¡Ven a mí!

—Quédate quieto —le dije a EunWoo, deteniéndolo con el brazo —Tiene un cuchillo y quiere matarte con él.

—Lo sé —dijo él, tragando en seco —Siempre me odió. Pero no tanto como yo lo odio a él. Me encargaré de que se pudra en la cárcel.

—¡Esto es ridículo! —vociferó SungRok, haciéndolo temblar —¡Boreum no es tu madre! ¡Fue tu madrastra un corto tiempo! ¡Yo, en cambio, soy tu padre, carne de tu carne y sangre de tu sangre! —Sin embargo, EunWoo reunió el valor para encarar al reverendo y, tragando en seco, afirmó con voz adulta y decidida:

—¿Quién habla de Boreum? Aunque sé que la mataste, pues te escuché hablar de ello con HyeYoung, para entonces ya te odiaba. Tenía diecisiete años y no podía pensar en otra cosa que exponerte ante todos, así que guardé las notas que los incriminan a ambos, las cuales entregué al detective en cuanto llegó a Dobro. Fue estúpido de tu parte creer que no te guardaba rencor y usarme como mensajero cuando era un adolescente. Sin embargo, aún te temía demasiado en aquel entonces como para atreverme a actuar por cuenta propia. Ahora es diferente.

—¡Pero, hijo, yo te amo! —se defendió SungRok con evidente falsedad —¡No tienes motivos para odiarme!

—Tu cinismo me enferma —dijo el otro, con voz trémula de rabia —¿Olvidas que asesinaste a mi madre ante mis ojos? ¡Tenía cinco años! Creíste que era demasiado niño para recordarlo pero pasé cada noche de mi vida reviviendo ese momento. ¡Ella solo quería defenderme de ti! —SungRok palideció intensamente pero replicó, arqueando las cejas:

—¡No, hijo! ¡Estás confundido! Pie de Bruja te ha sugestionado para que...

—¡Cállate! —gritó su hijo —¡Cállate de una maldita vez! —y, entonces, tornándose hacia Jimin con ojos humedecidos, inquirió —¿Es cierto lo que me dijiste?

—¿Que puedo hacerlo enmudecer para siempre con mis poderes? ¡Por supuesto! —Entonces Jimin murmuró algo en el oído de EunWoo y, cuando este asintió, Jimin pronunció una fórmula strigoi —Tu padre recobrará el habla en el momento del juicio para que pueda incriminarse más, pero solo cuando esté siendo interrogado públicamente. Aun así, si intenta dirigirse a ti durante el proceso, ninguna palabra brotará de su boca.

—Gracias —dijo EunWoo, bajando la mirada —Pero ese no es mi padre. De ahora en adelante será, simplemente, Sung Rok, el asesino de mi madre —SungRok nos observaba con un odio tal que, por un momento, realmente creí que Belcebú nos veía a través de él. Sin embargo, Jimin prosiguió, con despreocupación:

—Cuando el juicio termine, enmudecerá de nuevo, no sea que perturbe la paz de los otros presos o pueda llamar al carcelero para que lo defienda en caso de necesidad. Así que le aconsejo que procure hablar cuanto pueda durante el juicio, reverendo, porque serán sus últimas palabras.

—Qué pena, no podrá hacer ningún acuerdo verbal con sus cómplices —dije, fingiendo afectación —Sin embargo, temo que pueda hacerse daño a sí mismo u otros cuando esté en la cárcel o antes del juicio... y, por supuesto, no me parece apropiado que pueda escribir notas.

—Tienes razón —dijo Jimin —Lo arreglaré de una vez —Dicho esto, avanzó hacia SungRok y, con un veloz movimiento, le arrebató el arma, arrojándola lejos. Antes de que pudiésemos parpadear, le retorció los hombros, codos, muñecas y dedos de las manos, cada uno de los cuales crujió audiblemente. El reverendo intentó gritar de dolor pero no pudo emitir ningún sonido —Una vez pase el dolor, jamás podrá volver a hacer uso de sus extremidades superiores —afirmó Jimin.

—Hay algo que he querido hacer hace largo tiempo —comenté, mirándolo.

—Adelante —dijo Jimin, encogiéndose de hombros. Puesto que SungRok había caído al piso y estaba ocupado en llorar sin poder gemir, el violento puntapié que le di en pleno rostro lo tomó

por sorpresa. Esto no impidió que clavase sus ojos en mí por un instante al tanto que su nariz sangraba profusamente.

—Eso fue por Mesto —dije, retirándome un mechón de cabellos del rostro. El reverendo abrió la boca en vano para gritar o hablar, golpeando el suelo con la parte posterior de la cabeza una y otra vez a causa de la frustración que lo embargaba. Iba a seguir dándole puntapiés pero Jimin me detuvo, abrazándome por detrás y alejándose de SungRok al notar que mi ira solo había aumentado tras el primer golpe.

—Basta. Ahora está verdaderamente indefenso como sus víctimas —dijo —Y, como a ellas, nadie le creerá... esta vez con razón —luego, aclarándose la garganta, afirmó: —No se preocupe, reverendo: Jungkook y yo lo visitaremos algún día en la cárcel.

—No tengo cómo agradecer lo que has hecho por mí, Jimin —dijo EunWoo.

—De hecho, hay algo que puedes hacer —respondió él, con una afable sonrisa.

—¡Lo que sea!

—Deja esa maldita congregación —replicó Jimin.

—Descuida —dijo EunWoo —Lo quiera o no, tendré que partir a Hungría. Estoy seguro de que los serbios querrán vengarse de mí por lo que hizo la congregación aunque yo haya intentado impedir el incendio, y no podría culparlos.

—Harás bien en irte de Banat e iniciar una nueva vida —asintió Jimin. A continuación, silbó largamente, llevándose dos dedos a la boca. Corrí a esconderme detrás de los árboles y, minutos después, Yuh-jung apareció en el claro con el detective, quien estrechó las manos de Jimin y EunWoo con euforia. Un par de oficiales lo escoltaban. Aunque me habría encantado saludarlo, no era prudente que me viese libre de quemaduras tan pronto, por lo cual permanecí en mi lugar, observándolo todo. Yuh-jung, quien portaba una gran linterna, se acercó a SungRok para iluminarlo.

—¿Es este el reverendo? —inquirió el detective, mirando al hombre que aún se retorció de dolor sobre el pentagrama que ya había cesado de brillar.

—El mismo —dijo Jimin, al tanto que yo recitaba su contrahechizo personal para liberar a SungRok del confinamiento del pentagrama.

—No tengo cómo agradecerles a todos —dijo el detective, emocionado, mientras los oficiales daban vuelta a SungRok en el suelo para esposarlo, tras de lo cual lo obligaron a ponerse de pie.

—El placer ha sido todo nuestro —replicó Jimin, sonriendo —Además, será usted quien ponga el caso en orden. Le esperan arduos días de trabajo.

—Lo sé —dijo el detective, satisfecho —Aun así, este era un caso peligroso y complicado que no habría podido resolver sin su ayuda. En primer lugar, el chico Jeon nos alertó por medio del banco y nos hizo llegar importante evidencia con El, esa buena mujer. Por cierto: ¿cómo se encuentra Jeon?

—Cada día mejor —dijo Jimin —El médico dice que no tendrá cicatrices permanentes.

—¡Excelente noticia! —exclamó el detective —Envíele saludos de mi parte, por favor.

—Así lo haré —dijo Jimin, echándome un vistazo imperceptible a través del soto.

—Bien... En segundo lugar, como le decía, señor Drăculești, sin su oportuna intervención me habría sido imposible sobrevivir y apresar al primer grupo en Raskrsnica, y al reverendo y sus restantes cómplices aquí. Y, en tercer lugar, además de entregarme la correspondencia privada del reverendo y la señora HyeYoung, EunWoo intentó detener a quienes me ataron para quemarme dentro del granero. Aún lo escuchaba gritar desde fuera, diciéndome que me arrastrase hasta una de las ventanas, la cual rompió, cuando perdí el sentido.

—Me rezagué en el pueblo cuando los otros miembros de la congregación ya habían partido, pero todos mis intentos de rescatar al detective fueron fútiles. Por suerte, Jimin llegó a tiempo para sacarlo del granero, pues una de las vigas había caído justo a su lado con una buena parte del techo, bloqueándome el paso —dijo EunWoo.

—Aprecio que haya intentado salvarme la vida —le dijo el detective con expresión agradecida.

—Es una lástima que no haya podido proteger el diario de Boreum y, especialmente, las notas que guardé tanto tiempo —comentó EunWoo, con profunda desilusión.

—Ah, no se preocupe por eso —rio el detective —El diario está a salvo en Vršac. Lo único que lograron quemar fue mi cuaderno de apuntes al respecto de la investigación y algunas de las cartas de mis amigos y colegas a quienes, por suerte, ya había enviado la correspondencia que usted me entregó.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó EunWoo, recobrando el color que había perdido al enfrentar a su padre.

—El mapa que me envió fue imprescindible para que pudiésemos hallar el caserío, señor Drăculești —dijo el detective —Sin embargo, aún no comprendo cómo supo que llegaríamos exactamente hoy y a esta hora. ¡Tuvimos que hacer varias paradas a causa del mal tiempo en el camino! —Jimin le dirigió a Yuh-jung una fugaz mirada de complicidad, tras de lo cual replicó:

—Las personas del campo conocen el clima y el terreno, detective. Era solo un estimado de lo que tomaría hacer un viaje tan largo y con tantos hombres desde Vršac. Por lo demás, esperaba darle un buen susto a la congregación antes de que ustedes llegasen.

—Y al parecer lo logró, porque el reverendo está particularmente callado —observó, al tanto que los guardias lo arrastraban por el claro en dirección al caserío —Además, en el último grupo que apresamos hay un orate que dice estar poseído por una legión de demonios. Extrañamente, lleva una Biblia en la mano.

—No le preste atención —dijo EunWoo, sonriendo con malicia —solo lo afirma con el fin de librarse del castigo que le espera.

—Tengo algo para usted, detective —dijo Jimin, haciéndole señas para que lo siguiese hasta unos arbustos donde había ocultado el cofre con maestría, descorriendo la maleza para que el detective pudiese ver de qué se trataba.

—¿Recobró el dinero de SoEun? —inquirió este, con los ojos abiertos de par en par, a lo cual Jimin respondió afirmativamente. El detective se puso a reír y aplaudir, diciendo:

—¡Es la primera vez en mi carrera de detective que alguien logra recuperar una herencia robada!

—Deberá agradecer la gran frugalidad del reverendo SungRok —respondió Jimin —Por el peso del baúl, me atrevo a conjeturar que está intacta.

—Estoy seguro de que siempre se arrepentirá de no haber huido mucho antes con el dinero —dijo EunWoo —Sin embargo, es obvio que tenía planeado seguir viviendo en Dobro hasta la muerte para obrar a sus anchas con los pequeños de la congregación.

—Hablando de ellos... —dijo Jimin al detective —Supongo que no los dejarán en compañía de sus padres, ¿verdad?

—No —dijo el otro —El gobierno local se hará cargo de ellos hasta que se lleve a cabo un juicio. Pero temo que la mayoría de los adultos deberá pasar un tiempo en la cárcel, por lo cual muchos de los niños tendrán que ir a un orfanato —El detective hizo venir a un grupo de guardias para llevarse el cofre y, un rato después, Jimin y Yuh-jung fueron hasta el caserío para despedirse del detective y EunWoo, así que los seguí a una distancia prudencial.

—Alojaremos a EunWoo en un lugar seguro de Vršac —dijo el detective —Me encargaré personalmente de que no le falte nada. En cuanto a usted, si le parece bien, me gustaría verlo al cabo de un par de semanas en mi oficina para tomar su declaración formal —Jimin estuvo de acuerdo y agitó la mano conforme el coche partía de regreso a Vršac. Entonces, salí de mi escondite y lo abracé largamente. Mientras retornábamos al claro para encargarnos de un asunto pendiente, Jimin le contó a Yuh-jung que había tenido la oportunidad de hablar con EunWoo el domingo tras pedirle a ella que le hiciera llegar al detective una nota de su parte con el mapa del caserío.

—Se estaba escondiendo en el rincón más oscuro de su casa en Dobro, comiendo pan mohoso y sin atreverse a encender una luz por miedo tanto a los vecinos como a los congregados, a quienes se había enfrentado durante el incendio —le dijo a la anciana hechicera —Al comienzo, creyó que yo quería tenderle una trampa en represalia por las vejaciones a las que la congregación me había sometido. Sin embargo, además de haber visto la valentía con que intentó rescatar al detective, yo ya sabía, porque tú me lo habías contado, que a diferencia de sus hermanos, él se había rehusado a participar en el asesinato de mi vieja nodriza loba, y no tardé mucho en convencerlo de que no le deseaba ningún mal. Por poco se muere del susto cuando le confesé que soy un brujo mucho más poderoso de lo que siempre afirmó SungRok, lo cual él jamás había creído, habiendo sido testigo de los horrores que cometía su padre en nombre de la fe, sin embargo, cuando le expliqué que utilizaría la magia para exponerlo frente a la congregación, me contó lo que el reverendo le había hecho a su madre y me rogó que me permitiese confrontarlo antes de que las autoridades lo apresaran. Así pues, le pedí que permaneciese oculto hasta que llegase el momento de presentarse aquí esta noche a la hora exacta, lo cual cumplió a cabalidad.

—Siempre supe que había una buena manzana en medio de toda esa podredumbre —dijo Yuh-jung, enseñándonos su sonrisa desdentada. Jimin se tornó hacia ella y, entonces, inclinándose, la abrazó con fuerza, murmurando al tanto que cerraba los ojos:

—Gracias por tu ayuda, madre —Yuh-jung, siempre tosca, lloró al escuchar palabras tan tiernas de labios de Jimin, quien había desconfiado de ella por largos años. Por mi parte, tuve que virar el rostro para ocultarles mis propias lágrimas, pues conocía su historia, y que ahora Jimin llamase madre con tanto afecto a la anciana que lo había criado era un gesto que indicaba una profunda reconciliación con las circunstancias en las cuales había crecido. Sin duda, Yuh-jung era la única madre que Jimin conocía y me conmovía que la aceptase y apreciase como tal —Tendrás tanto oro que la gente creerá que eres el rey Midas —dijo él, con voz temblorosa, y observé que sus mejillas estaban humedecidas. Por su parte, Yuh-jung, casi asfixiándose a causa del llanto, le daba pequeños coscorrónes al tanto que repetía:

—¡Mi hijo ha vuelto a mí!